

Memoria de un festival

JORGE BERLANGA *



Victoria Abril en "Tiempo de silencio"

CINE

EL festival de cine de San Sebastián ha sido siempre el de mayor categoría e importancia en nuestro país, más aún desde que recuperó su sitio entre los más destacados certámenes internacionales al adquirir de nuevo la clasificación "A", gracias a un acertado apoyo del Ministerio de Cultura y de la Federación Mundial de Festivales, a la vez que de los productores, cada vez más interesados en llevar sus películas a la capital donostiarra. Es la plataforma que marca el punto de partida para la reentrada otoñal en lo que se refiere a estrenos cinematográficos.

Muchos ponen en duda la validez de las secciones a concurso y la credibilidad de los premios que se otorgan en los festivales, pero lo que nadie puede negar es la utilidad que éstos tienen como muestrario nutrido de películas, algunas de las cuales, por desgracia, no llegan a estrenarse en nuestro país, quizás por unas trabas excesivas a la importación en base a una política no siempre acertada de defensa del cine español. Trabas que no son problema para las grandes superproducciones, que juegan con el éxito asegurado, pero sí para otras obras de más bajo

presupuesto y menor tirón comercial, pero de gran interés artístico.

Difícil será que triunfe de cara al público la película que se llevó el máximo galardón, *Las bodas en Galilea*, del palestino Michael Khleifi. Obtuvo la Concha de Oro para dar la razón a los que opinan que, a la hora de repartir premios, los jurados cinematográficos se dejan llevar más por razones políticas que por razones de calidad filmica. Siendo una película con detalles apreciables, tampoco se puede decir que sea nada del otro mundo. La historia es curiosa: un pueblo palestino vive en estado de guerra, inmerso en violentas manifestaciones y regido bajo las leyes marciales. El jefe del pueblo solicita al gobernador militar permiso para casar a su hijo y detener transitoriamente las hostilidades. El gobernador se niega en un principio, pensando que la boda se convertirá en un acto político, pero, finalmente, acepta con la condición de que la fiesta termine en veinticuatro horas y que él y sus oficiales sean los invitados de honor. El conflicto entre el poder militar y el poder patriarcal del pueblo se desarrolla a lo largo de casi dos horas de película, en la que,

* Madrid, 1958. Licenciado en Filosofía y Letras. Crítico de Cine.

junto a todos los ceremoniales de la boda que representan la tradición, se retrata la tensión del inacabable belicismo y la progresiva disolución de las señas de identidad del pueblo palestino. Un alegato hacia la paz y la reconciliación, como diría el jurado al concederle el premio, pero lo que no quita para que sea un alegato tirando a aburrido.

Marginados

EL premio de interpretación, tanto masculina como femenina, se lo llevaron dos actores de la misma película, para más señas española. Imanol Arias y Victoria Abril por **El Lute, camina o revienta**, de Vicente Aranda. La historia de Eleute-rio Sánchez, enemigo público número uno durante los años sesenta, era sin duda susceptible de ser llevada a la pantalla. Basada en el libro autobiográfico del propio protagonista —que también ha colaborado en el guión—, Aranda ha relatado con buen tono la epopeya, que sin duda en la realidad debió de ser algo diferente, de este marginado quincallero metido a delincuente por casualidad y a figura nacional por su habilidad para las fugas. Aunque a veces se cargan un poco las tintas en ciertos tópicos, como el santo muchacho víctima de la cadena de injusticias, la brutalidad cerril de las fuerzas vivas y temas por el estilo, cayendo en algunos momentos en peligrosas veleidades hagiográficas, la película se ve con interés, especialmente si se olvida que está basada en un personaje real y se le toma como si fuera de

ficción. En cuanto a los actores, hay que decir que tienen su premio merecido. Imanol Arias demuestra que ha hecho profundos esfuerzos para introducirse en el papel de Eleu-terio, superando sus limitaciones para llegar a parecer un quinqui más que creíble. En cuanto a Victoria Abril, su facilidad para meterse en la piel de cualquier personaje con increíble intuición y eficacia está suficientemente demostrada, convirtiéndola no sólo en la mejor actriz española, sino en una intérprete de categoría internacional capaz de codearse con los más grandes.

Menos suerte tuvo la otra película española a concurso, **El bosque animado**, de José Luis Cuerda. Adaptada de la novela de Wenceslao Fernández Flórez, el director ha contado con la valiosa ayuda de un excelente guión de Rafael Azcona para trasladar al cine todo el embrujo humorístico que rezuma el libro del escritor gallego. Jugando con un realismo mágico, la película hilvana las historias y relaciones de los habitantes de un bosque

Imanol Arias en una escena de "El Lute, camina o revienta"



hechizado por el que deambula, sin rumbo, la Santa Compañía. En un ambiente hechizado donde las personas, los animales y las cosas hablan entre sí, se relatan las andanzas de Malvis, el bandido que trata de ser malvado, pero que no puede dejar de ser bueno, y sus tribulaciones por el bosque, sus discusiones con un zagal llamado Fucco; los trabajos de la niña Pilara; el alma en pena de Fiz Cotovelo; las decepciones del pocero Geraldo con la hermosa Hermelinda y las aventuras disparatadas de las hermanas Roade. En este fresco donde se entrecruzan situaciones y personajes en una narrativa singular y nada lineal, Cuerda ha sabido salir más o menos airoso del reto de adaptar al cine una literatura en principio complicada de llevar a la pantalla. Destaca, como es habitual, la excelente interpretación de Alfredo Landra como Malvis, así como la estimulante presencia de la bella Alejandra Greppi.

La película que para la mayoría de los asistentes al festival fue la más destacada en todos los aspectos era la belga **Crazy Love**, aunque al final sólo se llevase el premio al mejor director, Dominique Deruddere. Basada en historias del escritor americano Charles Bukowski, un autor con fama de obsceno, pero asimismo dueño de una profunda sensibilidad no exenta de ternura, la película, aunque parezca dura en algunas escenas, esconde un fondo terriblemente poético sobre la soledad, los misterios del amor y la profunda herida del deseo. Como tres pinceladas que dibujan ma-gistralmente la odisea de un

personaje, la acción transcurre en tres noches claves en distintos momentos de la vida de Harry Voss. Primero, la niñez. Tras ver una película romántica en el cine, el Harry de doce años piensa que el amor es una historia de príncipes y princesas de nobles sentimientos. Su padre es un héroe que raptó a su madre y se casó con ella en lo alto de una montaña solitaria. Un amigo se encarga de ponerle al día en lo que respecta a las realidades terrenales del sexo. Más tarde, a los dieciséis, Harry es un pequeño monstruo con la cara cubierta por un virulento acné (estupendo trabajo de maquillaje), que es rechazado por todo el mundo y sólo puede acercarse a la mujer amada cubriéndose el rostro como una momia. Crece la soledad y la felicidad del amor se hace más imposible. A los treinta es un alcohólico vagabundo que se encuentra con el viejo amigo de la infancia y juntos deciden robar un cadáver de una ambulancia. Cuando descubre que es una hermosa muchacha, decide que sólo en la muerte puede encontrar el amor que ha buscado toda su vida y siempre se le ha negado. A pesar del lado escabroso, es una hermosa película que desnuda de forma incisiva las dificultades humanas para encontrar la felicidad, en una eterna sed insatisfecha de cariño. El actor principal, Joss De Pauw, hace un trabajo antológico, y a nadie hubiese extrañado que se llevara el premio a la mejor interpretación. Al menos no se quedó sin nada. Se fue con la consideración unánime de todos los críticos y espectadores que pudieron verle en la película.

Un exponente de cómo la música se va haciendo más y más protagonista en el cine de los años ochenta, especialmente el rock and roll, es la coproducción

suizo-canadiense **Candy Mountain**, de Robert Frank, que se llevó el premio especial del jurado. La historia de un joven músico que va en busca de un legendario fabricante de guitarras desaparecido veinte años atrás. Con la música como hilo conductor de la trama, el joven va conociendo al hermano, a la hija y a la amante del fabricante. Se enfrenta poco a poco a sus propios miedos, a lo que cree ser y al hecho de perderse para poderse encontrar a sí mismo. Es una odisea, la aventura y el camino que arrancan desde una cultura (la americana), hasta llegar a la frontera de otra (la canadiense). Es una especie de viaje iniciático hacia el norte, tema que ya ha sido tratado en anteriores ocasiones, por lo que la película, siendo un producto bastante digno, tampoco tiene aspecto de llegar a ocupar un lugar destacado en la historia del cine.

Zonas abiertas

FUERA de la sección oficial, se desarrollaba en el festival la llamada "Zona abierta", o "Zabaltegui", una muestra de películas sin criterio definido, más que el de su particular interés intrínseco, que permitió ver algunas obras de considerable importancia cinematográfica. Hay que señalar la abundancia de películas en blanco y negro que se proyectaron en esta sección. Formato bicolor elegido unas veces por

puro capricho artístico y otras por mera falta de presupuesto, el caso es que ha quedado demostrado que todavía se pueden hacer obras de interés en unos tonos cromáticos que muchos daban ya como destinados a la extinción.

El premio CIGA, único dotado con compensación en metálico, fue entregado ex-aequo a dos películas en blanco y negro, la una española y la otra argentina. La primera se trata de **Mientras haya luz**, de Felipe Vega. Según el director general de cinematografía, Fernando Méndez Leite, que estaba presente en la sala durante la proyección y que no pudo evitar saltar al estrado a presentarla, esta es la línea de cine que él desea apoyar, y aunque todo apoyo nos parezca bien, también puede haber quien mantenga sus reservas después de ver la película. Vega, antiguo crítico de cine, ha querido hacer con su ópera prima un ejercicio experimental que levanta tanto el entusiasmo en unos como el aburrimiento en otros. No exenta de cierta pedantería, la película cuenta el viaje de un hombre en busca de un viejo amigo desaparecido, siguiendo su rastro hasta Portugal. La historia en sí no queda del todo aclara da, prefiriendo el autor dejar en el aire misteriosos cabos sueltos, pero tampoco ayuda mucho a la comprensión su lenguaje narrativo, supuestamente revolucionario. Huyendo de la dinámica del cine, Vega prefiere contar la historia a base de breves escenas, no siempre conexas, como pinceladas impresionistas o postales pegadas en una cinta animada. El resultado es, al menos, des-

oncertante, confuso, aunque puede tener interés poniendo al espectador un esfuerzo de voluntad para seguir las imágenes hasta el final.

La otra película que se repartió el bacalao fue la argentina **El amor es una mujer gorda**, de Alejandro Agresti. Es este un intento de renovación curioso del cine político desde el punto de vista de la comedia absurda. El absurdo que vive en la actualidad la juventud argentina con el cambio de gobierno y la nueva democracia de Alfonsín. Un joven periodista que trabaja en un diario conservador recibe como tarea el informar sobre un director norteamericano que está filmando en Buenos Aires un amplio documental sobre la miseria. La forma de trabajo de los americanos, que utilizan a los miserables como actores explotados, manejándolos como a bestias de zoológico, con fines puramente comerciales, subleva al protagonista, que se opone a la filmación y como consecuencia de esta postura pierde su empleo. Tras esto, recorre las calles junto a un amigo que parece salido de un tango de Gardel, convirtiéndose en un ser marginal y sumergiéndose en el mundo disparatado de los arrabales. En el fondo, se muestra el desconcierto general de una generación, que tras luchar contra la dictadura se ve perdida y pisoteada en una dudosa democracia. Con momentos amargos y otros de aguda comicidad, hay que confiar en las próximas películas que pueda hacer Alejandro Agresti con más medios, pues su talento parece ya suficientemente demostrado.

Emigrar es duro

C-ON escasísimos medios, en formato de 16 milímetros, pero con magníficas ideas y sabiduría para plasmarlas, está hecha **A las arenas**, producción alemana, pero dirigida por un español, Rafael Fuster, emigrante en Alemania, antiguo obrero de la construcción decidido a lanzarse a la aventura del cine. La película es un relato humorístico y patético de veinticuatro horas en la vida de un joven chileno y su amigo turco, que viven sin trabajo en la, para ellos, extraña ciudad de Berlín Occidental. Marginados por razones diversas, tratan de sobrevivir y divertirse, pero estos tiempos son también difíciles para los picaros. El racismo sigue existiendo y la adaptación es difícil para el que viene de fuera. Tan delicado tema es tratado con un humor y una penetración admirables por Fuster, al que se le ven maneras de estupendo director de cine sobrado de imaginación, un valor cada vez más caro por estos pagos, por lo que procedería que el ICAA tratase de conseguir su repatriación inmediata.

Otra película que, aun rodada con poco dinero, debe superar así como veinte veces el invertido en **A las arenas**, ya que por algo está rodada en Estados Unidos, es **Truc Sto-ries**, de David Byrne, filósofo, diseñador y, sobre todo, músico y cantante del grupo de rock *Talking Heads*. Un ejercicio insólito dentro del panorama del cine americano, pero no tanto si se conoce el talento de experimentador continuo de su autor. En la pantalla vemos un mosaico de persona-

jes cotidianos en la vida de Virgil, un pueblo tejano. El director se inspiró en diversos artículos periodísticos para recrear los caracteres, que en su mayoría llevan nombres descriptivos, como "La mujer gracia", "El chico de la computadora" o "La mujer perezosa". Las historias vividas por cada uno de ellos en el mismo espacio y tiempo están ligadas por un narrador que visita la ciudad en un descapotable y que va vestido a la usanza tejana, personaje encarnado por el propio Byrne, que también interpreta la banda sonora del film. Película extraña, a medias entre el video-clip y la trascendencia dada a la trivialidad cotidiana a la manera de Duchamp, la película puede entusiasmar a ciertos amantes de las nuevas tendencias, así como aburrir soberanamente a los amigos de las historias con principio y fin.

Como pequeño escándalo en un festival con pocas sorpresas y dispuesto a inflar cualquier concupiscencia, se presentó **Una llama en el corazón**, del director suizo Alain Tanner. A este director siempre le ha gustado profundizar en las interioridades de las relaciones humanas con una óptica muy personal. En esta ocasión se introduce en los abismos de la vida sexual de una mujer necesitada de pasión. La historia es la de un amor que ha terminado, tras el que viene el nacimiento y el fin de un nuevo amor y, a través de estas circunstancias, la mujer que se plantea la relación amorosa en términos de vida o muerte, lo que conduce a una situación siempre dramática, pero ardiente y vacilante como

llama que arde en su corazón. Para lograr autenticidad en su mensaje, Tanner no duda en utilizar escenas de fuerte temperatura erótica-, contando con la fiel colaboración de la protagonista, la actriz Myriam Mezieres, una mujer que rebosa sensualidad y sexo a flor de piel, que se luce en especial en una escena más que fuerte con un muñeco que rememora a King-Kong. Huyendo de la hipocresía, Tanner ha decidido poner el dedo en la llaga de la difícil y misteriosa sexualidad femenina, con resultado irregular, pero digno de ver.

Grandes éxitos

PASEMOS ahora a las películas mostradas en el festival que gozarán con toda seguridad de un considerable éxito comercial. Empezando por la película que inauguró el certamen: **Esperanza y gloria**, del británico John Boorman, un director al que siempre le ha gustado introducir el contraste de la inocencia en ambientes de máxima violencia. En este caso, Billy Roham, un niño de nueve años de edad, relata desde un punto de vista muy especial la vida cotidiana en Londres durante la segunda guerra mundial. Billy vive en un suburbio junto a su madre y dos hermanas. Su padre se ha enrolado en el ejército. Para el niño la guerra significa disfrutar de "fuegos artificiales" todas las noches, no tener que ir a la escuela y poder acostarse tarde. Todo es rápidamente asumido por él, incluso el que su hermana, aún adolescente,



tenga un hijo el día de su boda. La guerra es para él un espectáculo muy divertido. Según Boorman, el conflicto significaba que los adultos estuvieran demasiado ocupados sufriendo y preocupándose, y pasándolo maravillosamente con sus actividades de retaguardia, que abandonaban a sus hijos a sus propios recursos, que es lo mejor que puede esperar un niño. La película es la historia de una familia ordinaria que vive en tiempos extraordinarios, visto a través de los ojos de ese niño que se ve de pronto metido en unas largas vacaciones.

Largas vacaciones las de los bohemios ingleses, turistas permanentes en las islas griegas, que nos retrata Claire Peploe en **Temporada alta**. La directora, mujer de Bertolucci (que por cierto mostró en el festival un largo fragmento de la película que en la actualidad prepara, **El último dragón**, sobre el último emperador chino, pudiéndose apreciar la soberbia obra que va a ser) ha mirado con humor el deterioro que el turismo irracional va produciendo en el Egeo, contándonos una simpática historia, con Jaquelinne Bisset y James Fox de protagonistas, sobre una fotógrafa inglesa que vive en un idílico pueblecito de la isla griega de Rodas. Lleva una vida tranquila y agradable excepto por los problemas que le ocasiona el vivir cerca de su ex-marido, un escultor psíquicamente inestable, y su irregular situación financiera. Para salir de esta situación planea una pequeña conspiración para venderle a un multimillonario americano un antiguo jarrón griego que le

regaló su mejor amigo, un crítico de arte. El juego de manipulación de los viejos valores helénicos por la nueva civilización del ocio y el bienestar, configuran esta comedia de muy agradable visión.

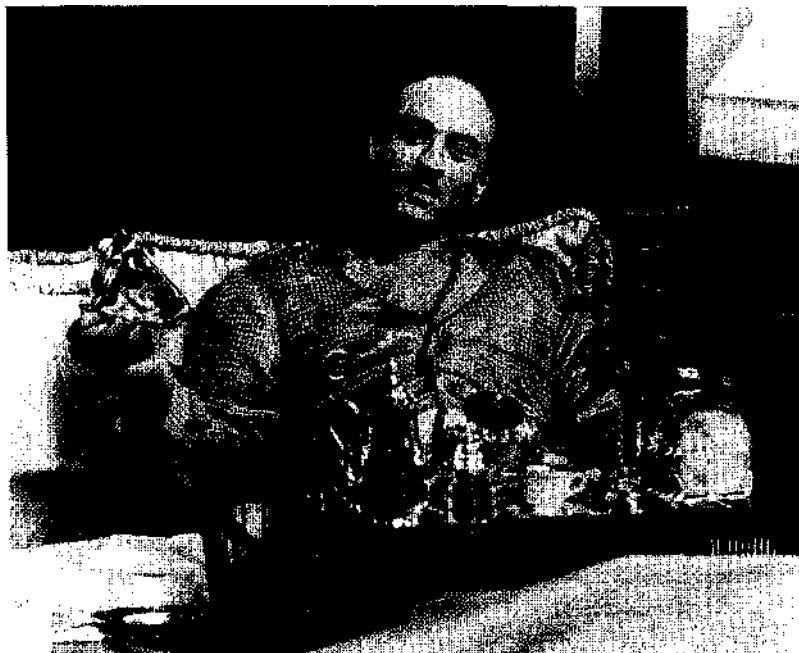
En el apartado de rompe-taquillas, empezamos por **La Bamba**, de Luis Valdez, que ha tenido un éxito sin precedentes en los Estados Unidos, corroborando el creciente interés que existe día a día hacia todo lo latino. El director es de origen hispano y ha querido contar la historia de Ricardo Valenzuela, un muchacho loco por el rock and roll, que bajo el nombre de Ritchie Valens consiguió tres discos de oro antes de morir trágicamente en un accidente de aviación a la edad de 17 años. Mostrando por un lado el mundo de miseria de una familia de emigrados mexicanos, con sus problemas, rivalidades entre hermanos, negro futuro, aparece por otro lado la magia del sueño americano, en el que un humilde muchacho puede con su guitarra lograr el éxito, el dinero y el reconocimiento popular. Hasta incluso conseguir que le admitan los padres de su amada, una chica blanca de buena familia. La película es el relato de una escalada social, a la vez que el retrato de una etnia cada vez más abundante en Estados Unidos, aderezado con las canciones de la época, sobre todo aquella que marcó un hito en la latinización del rock: "La bamba". Es una película sin grandes pretensiones formales, pero de una gran efectividad cara al público, de lo que se debe congratular su director.

Y para terminar, hablar de

la película sin duda con más tirón de este otoño: **Los intocables**, de Brian de Palma. Es bien conocida la habilidad de este director para absorber el estilo de los genios cinematográficos de la Historia y hacerlo propio. En su última obra hace todo un alarde de sabiduría en la realización. Basándose en la vieja serie televisiva que protagonizara Robert Stack, sobre las andanzas del agente federal y su grupo de "Intocables", o insobornables a los dineros de Al Capone, dueño y señor de Chicago por medio de la corrupción de los estamentos oficiales, De Palma demuestra cómo un argumento sencillo, sabiendo utilizar sabiamente todas las posibilidades de utilización de una cámara y con la ayuda de un montaje impecable se puede crear una obra maestra en la

que el espectador olvida por completo que está sentado en una butaca para verse introducido en mitad del Chicago de los años treinta. Hay que mencionar también el excelente trabajo de la totalidad de los actores, destacando, eso sí, Robert de Niro, mostrando una vez más su extraordinaria versatilidad, y Sean Connery, con una impresionante demostración de sobriedad y fuerza conjuntadas. Y, desde luego, rendir el homenaje que se merece a la magnífica partitura musical que ha compuesto Ennio Morricone, sin cuya continua y envolvente presencia la película no sería lo mismo.

Cine con mayúsculas, de enorme entretenimiento, es difícil no verse tocado en lo más visceral del sentido del espectáculo por estos "Intocables".



Robert de Niro como Al Capone en "Los intocables" de Elliot Ness